

LA AN-ESTÉTICA DE LA ARQUITECTURA

Antonio Miranda

Arquitecto. Profesor de la Universidad Politécnica de Madrid

Simplemente hablar de un libro implica cierta recomendación a los lectores respecto a ese mismo libro.

El libro de Leach llega demasiado tarde tras tantos años de peste posmodernista. Pero un buen libro tiene sentido y alcance intemporal, y éste lo es.

Como inglés, Leach, visto desde aquí, viene al menos a quitarnos la horrible impresión que aquel detestable libelo de su paisano David Watkin, titulado *Moral y Arquitectura*. Digamos que en alguna medida viene a eliminar la basura vertida por aquel paladín del abyecto posmodernismo al gusto de la mafia de Orlando, de Reagan, de Thatcher o del Príncipe Carlos.

La tesis del libro es certera, conocida y reiterada. La arquitectura es un medio más de indoctrinación de masas, todo un sistema de propaganda y embrutecimiento como la mayor parte de la industria cultural escondida bajo el nombre de arte.

Llevado por las manos del sagaz y cínico Baudrillard y del idealista y frívolo neo marxista Debord repite aquello que no por más sabido permanece lejos de la población. La arquitectura como espectáculo es otro narcótico o anestesia de las gentes, la estetización de nuestro mundo es el primer enemigo de la razón, como denunciara Benjamín ante los manifiestos futuristas y ante el imparable ascenso de Hitler. Hasta ahí todo aceptable y compartible.

Pero la estetización no debiera ser en sí misma execrada. Son ciertas estetizaciones falsarias (embellecer la guerra, la violencia, la política fascista) y sólo algunas, las culpables de la destrucción de neuronas, las culpables de la indolencia acrítica y antisocial. Por otra parte, frente al siglo XXI debe sostenerse con Schiller que sin una crítica estética de la política, la izquierda no alcanzará la hegemonía deseada y tan necesaria para la mayoría.

Por lo demás Leach a veces no es suficientemente crítico:

Cuando su mentor –Baudrillard– pone la *seducción* en términos positivos sin notar que es justamente el afán de seducción, de gustar a todos, el origen del peor *kitsch*.

Cuando no se denuncia, por tanto, la complicidad en la cadena maligna que lleva de la falsificación formal a la ignorancia, y de ésta al miedo, y de éste al odio social o fascismo.

Cuando el propio Leach contrapone absurdamente *seducción* a *producción*, como si la producción en sí misma fuese algo perverso, como si no estuviera la mitad de la población del planeta necesitando una mayor producción, como si lo pérfido fuese la producción misma y no su absurdo mercantil, su falsía, su desequilibrio en el reparto, su mal gusto y todas las demás consecuencias no de la producción sino del Gran Agente que la controla y manipula: el iletrado capitalismo mafioso internacional dirigido desde U.S.A.

125

En la crítica de arquitectura, en cambio, Leach acierta plenamente en su análisis de la Ampliación de la National Galerie de Londres a cargo del gran corruptor Venturi; pero no se entiende su ataque casi simétrico contra los Smithson. La simetría es acrítica en sí misma, y Leach —a pesar de oficiar como Director del programa de Crítica y arquitectura en Nottingham, parece no distinguir lo más importante, esto es, la diferencia que existe entre la buena y la mala arquitectura. Dicho sea en términos rudimentarios.

Así Leach se pone del lado de Adorno en sus críticas al Movimiento Moderno, desde un marxismo vulgar compartido con Brecht cuando éste, excepcionalmente habla de arquitectura. La politización de la estética suele resultar tan nefasta como la estetización de la política. Tal es el caso del obrerismo demagógico de Adorno cuando en su ataque contra Veblen llega a defender las estaciones ferroviarias de acero adornadas con almenas de ladrillo o el de Brecht cuando defiende en nombre de la resistencia contra el crudo utilitarismo, la decoración burguesa en los edificios de viviendas de los trabajadores¹.

No basta con la *visión subalterna*, no basta con adoptar la perspectiva de *los de abajo* para que un trabajo crítico tenga el valor de la verdad. Para ello hace falta además un esfuerzo de crítica intradisciplinar que —aunque sin el menor contacto con el *arte por el arte*— sirva para distinguir objetiva y dialécticamente la calidad de la mediocridad, la mena de la ganga, la verdad del fraude arquitectónico.

Una visión «culta y refinada», por sí misma, tampoco nos puede ayudar mucho. Su elitismo academicista, su dandismo, su esnobismo y sus alegres *juicios de valor* basados en la pura gastronomía del *connaisseur* aumentan el daño de criterio cuando el crítico —organico o servil, y más opinante que teórico— pontifica erróneamente en función del «Me gusta, No me gusta».

Hay que señalar que Leach tampoco hace un juicio justo sino tolerante y lleno de lenidad a los surrealistas, los frívolos neosurrealistas de Debord y a su consecuente Mayo del 68, aquella fiesta de señoritos que sólo sirvió para fortalecer los mecanismos de envejecimiento aplicados por La Propiedad Privada de los Medios de Producción sobre toda la población mundial.

Finalmente, Leach, como sigue siendo normal en los medios críticos orgánicos o serviles, no distingue entre la *Modernidad* y sus dos grandes enemigos: el *Modernismo* y el Postmodernismo, que al fin y al cabo no son sino dos caras de una misma moneda rodada durante setenta años, la moneda a defender por los artistas con sus anestias: el estatus de dominación internacional que mantiene en la miseria a más de la mitad de nuestros hermanos².

A pesar de lo dicho, el libro tiene muchos más valores críticos que aquí no se indican y por ello debe ser leído, al menos, en nuestras escuelas de arquitectura. **A. M.**

■ NEIL LEACH, *La an-estético de la arquitectura*
Ed:Gustavo Gili, Barcelona, 2001.■

NOTAS

¹ Ver en este mismo número de *Astrágalo* un amplio trabajo sobre el tema.

² Este frecuente error terminológico, sorprendente pre-

cisamente en los medios catalanes (el *Modernismo* se difunde desde Cataluña), tal vez pueda ser responsabilidad del traductor.